

Cuento: Un nuevo lugar, un nuevo Comienzo.

Story: A new place, a new Beginning.

Recibido: 15 de septiembre de 2021

Juan Andrés Ñustes Valderrama*

* Estudiante de octavo semestre de Arquitectura de la Corporación Universitaria del Meta -UNIMETA.

juan.nustes@academia.unimeta.edu.co
ajuan2837@gmail.com

Me genera un deplorable sentimiento de tristeza e impotencia haber tenido que abandonar un lugar donde coseché tantos recuerdos importantes de mi vida; sin poder hacer nada frente a la violencia que arrasaba en mi entorno por parte de grupos armados ilegales. Dejé de estar viviendo en el campo con mi familia, de ver hermosos paisajes mañaneros y maravillosos atardeceres, para entregarme a la incertidumbre y angustia de no saber a dónde íbamos a parar.

Fue allí cuando ese rayo de luz iluminó a mi familia y tuve el placer de reencontrarme con mi hermano, que por cosas de la vida nos habíamos alejado, no hubo rencores ni remordimientos por parte de él. Él era un militar en condición de coronel y en ese momento de su vida estaba triunfando, si así lo podemos llamar, pues tenía un sueldo estable y una que otra casa a su nombre.

Después de conversar por un rato comprendió la situación en la que estábamos y él mismo se ofreció a ayudarnos; nos brindó todo lo que estaba a su alcance: -pero tenés que ir con tu familia al llano, allá te erradicaré y comenzarás un nuevo camino en tu vida, hermano- me dijo él.

Yo respondí en mi ignorancia: -¿donde montan a caballo y sacan el ganado en la madrugada?-Él soltó una carcajada diciendo:-sí, tienes algo de razón, pero eso es más hacia los llanos orientales y yo lo que te estoy ofreciendo es vivir en Villavicencio o la puerta al llano, como la llaman coloquialmente. ¿Aceptas mi petición o no? Yo sin dudar dije que sí. Debía admitir que sentía temor, ya que era un lugar nuevo para mi familia y para mí. Fue ahí cuando partimos rumbo a ese destino, desde Rionegro (Santander del sur) hasta Villavicencio, veíamos por las ventanas de un bus de Arimena, el paisaje de la vía al llano, observábamos desde los cerros esa planicie llena de vegetación abrazada por enormes y prominentes ríos y caños.

Fue ahí cuando me enamoré a primera vista del que iba a ser mi nuevo hogar. La casa que nos había encargado mi hermano y donde arribaríamos cuando pisáramos suelo llanero, quedaba en el barrio la Grama. Íbamos a habitar una vivienda vernácula influenciada por el oriente de Cundinamarca, Cáqueza, Chipaque. Esta residencia estaba hecha con varas, vigas y bejucos adheridos con barro; sus puertas y ventanales eran de bahareque; si bien este barrio fue uno de los primeros de la ciudad y, por ende, la mayoría de sus viviendas tenían este mismo estilo, esta era una casa un poco rústica, pero nos acogió por un largo de tiempo.

Cuando nos acostumbramos a la ciudad, los fines de semana con mi esposa, mi hijo y mis cuatro hijas solíamos ir a la plaza de mercado al respaldo del Jeep en donde la ciudadanía se surtía de alimentos para poder llevar a sus hogares. También visitábamos

la plaza Los Libertadores para observar la arquitectura de la ciudad, y yo, desde mi perspectiva, veía a la plaza como un eje centralizador que contenía a la catedral y además concentraba los poderes gubernamentales. Algo de lo que caí en la cuenta, es que este patrón se repite en todas las ciudades de Colombia, ya que tenemos influencia por parte de los españoles. En ese pequeño lapsus de tiempo que me quedé pensado, mirando alrededor de la plaza, mi hija menor me sorprendió con un grito reclamándome que quería comprar maíz para arrojarles a las palomas, que morían de hambre porque estaban en el piso de la plaza buscando entre los bordes de los adoquines algo de alimento.

Los treinta y uno de diciembre a las diez de la noche, después de haber ido a misa y de haber tomado más de una copa de aguardiente llanero, mi abuelo contaba la misma historia de cómo había llegado él junto a mi abuela, mis tíos y mi madre a Villavicencio, en un tiempo en el que ellos no entendían por qué hubo tantos cambios en su lugar de residencia que incluso los llevó hasta el punto de partir de su pueblo natal. A pesar de las tantas veces que el abuelo había contado este relato, esta última era diferente de las demás, pues estaba cargado de un sentimiento de nostalgia que le producía recordar a su hermano, quien hacía poco tiempo había fallecido. Se le notaba un sentimiento de culpa, ya que mi abuelo no sentía que le había agradecido en su totalidad; se le veía en la forma de hablar y en sus gestos, esa nostalgia de ese fin de año que nunca voy a olvidar.

Sin lugar a dudas, yo nací en Villavicencio. Mi niñez la viví en el barrio el Jordán, después de que mis abuelos decidieran establecerse allí, donde permanecí hasta mi adolescencia. Si bien mi familia no es llanera, ellos me transmitieron un sentimiento de pertenencia y amor hacia esta ciudad por haberlos acogido con los brazos abiertos.

Desde que yo tengo memoria Villavicencio no ha perdido esa belleza con la que ha sido capaz de enamorar a sus visitantes y que, en gran parte, se le debe a su vegetación, fitotectura y árboles prominentes que dan sombra a las casas, apaciguándolas de las altas temperaturas que a veces hay en la ciudad.

La ciudad ha mejorado en su infraestructura, de eso no hay duda, pero siento que hay algo que la fragmenta y la segrega, y es que no ha tenido un tratamiento en sus caños y ríos; y tampoco se ve una unión o un equilibrio urbanístico. Si bien a esta ciudad le tengo un aprecio por sus paisajes y su folclor, hoy en día hay un olvido patrimonial que me genera una profunda tristeza, sobre todo al escuchar a mi abuelo decir: -el progreso del hombre me está destruyendo mis recuerdos, porque la Villavicencio de los años ochenta no es la misma de hoy.



Figura 01 ◀ Fotografía de una visita a Cristo Rey, los primeros meses en Villavo.

Fuente: Juan Andrés Ñustes